



Misericordia: don y fuerza en la acción pastoral

La proclamación de la Buena Nueva del arrepentimiento es un acto gratuito de la misericordia y el amor de Dios, para la salvación de todos. Dios, en Jesucristo, quiere renovar el vínculo de la comunión que ha instituido con la humanidad, ya desde la creación de Adán y Eva, y que nunca se rompió del todo, a pesar de que fue quebrantado por nuestra desobediencia e infidelidad. Jesús revela la misericordia de Dios e invita a sus oyentes a la conversión: “El tiempo se ha cumplido, y el Reino de Dios está cerca, convertíos y creed en el evangelio” (*Mc 1,16*).

El santo padre Francisco no se cansa de recordarnos y de insistir en la necesidad de la conversión, auténtico camino de vivir el evangelio y experimentar la verdadera alegría del amor de Dios. En su primer Angelus, el papa Francisco dijo: “Dios no se cansa de perdonarnos” y “la faz de Dios es la faz del padre misericordioso que es siempre paciente con cada uno de nosotros” (*domingo 17 de marzo de 2013*). La misericordia es un tema tan querido en su pontificado que ha convocado un jubileo extraordinario, el Año de la misericordia, con la bula “*Misericordiae vultus*”, la faz de la misericordia.

El “ardiente deseo” del Papa es que, “el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las *obras de misericordia corporales y espirituales*. Será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza” (*Misericordiae Vultus*, n. 15). Para ser fiel a su esposo, la Iglesia debe manifestar misericordia en su misión. “Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes ... La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo” (n. 10). La Puerta santa de la basílica vaticana de San Pedro, la “Puerta de la misericordia” (n. 3) se abrirá el 8 de diciembre de 2015. Si es verdad que Dios perdona con ternura y compasión, es también cierto que los cristianos deben perdonar para ser creíbles. De aquí el lema del jubileo “Misericordiosos como el Padre” (n. 14).

Uno que ha tenido la verdadera experiencia de la misericordia de Dios es san Agustín. A él, como a san Pablo, se le mostró misericordia, y él predicó misericordia. Para el obispo de Hipona “misericordia viene de *miser*-miseria y *cor*-corazón. Se dice misericordia cuando la miseria de alguien toca y conmueve tu corazón. Todas las buenas obras que hacemos en esta vida están dentro de la misericordia” (*serm.* 358, 1). San Agustín nos enseña a través de su vida la misericordia de Dios para con su pueblo. “Toda mi esperanza está en tu gran misericordia. Dame lo que me mandes, y manda lo que quieras” (*conf.* X, 29, 40). Esta misericordia estará presente en el juicio final para los que fueron misericordiosos, pero no para los que no



lo fueron (Is 41,4). El Dios de san Agustín es el Dios de la misericordia y el perdón, un Dios que pone el corazón de padre al alcance de la miseria humana para levantarla y redimirla.

El papa insiste en que “donde la Iglesia esté presente, allí debe ser evidente la misericordia del Padre. En nuestras parroquias, en las comunidades, en las asociaciones y movimientos, en fin, dondequiera que haya cristianos, cualquiera debería poder encontrar un oasis de misericordia” (*Misericordiae Vultus*, n. 12). ¿Cómo podemos renovarnos los agustinos ante este año, de manera que el pueblo de Dios, renacido en la misericordia de Dios, pueda experimentar la faz de Dios? Como iglesia, como cristianos, y como hijos de Agustín estamos llamados en este año jubilar a:

- En primer lugar, experimentar en nosotros mismos y en nuestras comunidades locales la alegría de la divina misericordia. Si nuestra esperanza se basa en la misericordia de Dios, nuestra vida personal y comunitaria será una efusión de alegría y felicidad para los que se saben amados y perdonados por Dios, el mejor testimonio vocacional que podemos dar.

- Y en segundo, ser un oasis de misericordia en nuestro trabajo pastoral para todos: cristianos y no cristianos, practicantes y no practicantes, los que están cerca de nosotros y los que están alejados, los que nos aplauden y los que nos dan la espalda. En todos los campos del ministerio pastoral que la Orden lleva a cabo, hay gente que encuentra difícil ver un rayo de esperanza que estimule sus vidas, y nosotros estamos llamados a ayudarles a encontrar esta esperanza.

En cada comunidad debemos realizar una seria reflexión sobre lo que podemos hacer, y cómo podemos emprenderlo. Ambos aspectos van juntos y se corresponden, si transformamos nuestras comunidades y ministerios; no podemos compartimentar los dos elementos. No obstante, podemos hacer algunas propuestas:

1. Transmitir en nuestra acción pastoral la alegría de saber que somos amados y perdonados, en cuanto que esto capacita la posibilidad de una nueva vida, y el valor de mirar al futuro con esperanza.
2. Perdonar y dar a los demás, antes que juzgar y condenar (n. 14). Y así, como agustinos, cada comunidad y cada casa tendrá una “puerta de la misericordia”, proporcionando una alegre acogida a los hombres y mujeres que viven junto a nosotros.
3. Caminar con la gente como un “signo de que la misericordia es una meta a alcanzar, que requiere compromiso y sacrificio” (*Ibid*).
4. Crear oportunidades de perdón y reconciliación que sean vívidos entre el pueblo y con Dios.



5. Promover y participar en la resolución de conflictos en la sociedad y en las familias.
6. Llevar consuelo, misericordia, solidaridad y atención a quienes viven en situaciones de inseguridad y sufrimiento en este mundo, a tantos hermanos y hermanas nuestros privados de dignidad (n. 15).
7. Llevar a cabo obras de misericordia espirituales y corporales para “despertar nuestras conciencias aletargadas ante la tragedia de la pobreza”.
8. Acoger familias de refugiados (*Carta del P. General sobre asistencia a los refugiados*).
9. Todas estas acciones y gestos suponen actos concretos que son actos de fe, gratuitos y capaces de perdón; esto es, promueven nuestra experiencia y nuestra comprensión de la divina misericordia.

Dejémonos sorprender por Dios que nunca se cansa de abrir la puerta de su corazón, y que constantemente repite que nos ama y quiere compartir su vida con nosotros. Que María, la “Madre de misericordia” nos acompañe durante este año santo, de tal modo que podamos redescubrir la alegría de la ternura de Dios.

Roma, el 6 noviembre 2015

Edward Daniang Daleng, OSA
Presidente de la Comisión

Anthony Banks
Asistente Presidente de la Comisión